

La Canción del Vencido

Sí. Yo soy aquel que derramó su sangre
en cada palmo de tierra que pisaba,
el que se clavaba sobre el cuerpo herido
los afilados puñales de los vientos.

Yo soy aquel vencido que, en la guerra,
levantaba ondeante la bandera
sobre el monte más alto...
Yo soy aquel que nunca supo
donde temblaba el miedo de su cuerpo
porque miraba al frente, hacia la lucha,
presagiando la muerte...

Sí. Yo soy aquel, el mismo hombre
que miraban los hombres con desprecio
porque era poeta,
porque tenía los labios ahitos de palabras
y porque machacaba con golpes de su sangre
la torre de los años.

Y sin embargo,
aquí me encuentro ahora frente a mí mismo
mirándome de cerca, con desprecio,
con la flor de mi risa
escondiéndose dentro de mis labios,
hundiéndome en el caos y en el polvo
por el que voy pasando, desconocidamente,
buscando desafiante un mensaje de muerte.

Fuí hombre de mi patria, fuí soldado
que buscaba orgulloso el inacorde estruendo
de la guerra,
vencedor que cantaba sus victorias
desafiando el poder del enemigo...

Y aquí estoy hoy, completamente roto, vencido,
en esta guerra fría que nos tiene deshechos,
entre sus brazos, negándonos un cielo
que podemos tener entre las manos.

MANUEL ARJONILLA FERRERO

MONTEMOR

(Premiado en los Juegos Florales de Evora, en 1952).

† Por Ana de Lancastre-Laboreiro y Souza de Villalobos (1).



CON facilidad son hoy clasificadas de «snobs» las personas que, por el hecho de dedicarse a los estudios históricos o genealógicos, aprendieron a conocer a su patria, a su casa o, simplemente, a su pequeña aldea. Yo quiero ser de esos «snobs», y lamento que mi tierra no haya sido uno de esos pequeños pueblos ocultos entre altas montañas, situado en los confines del Reino; porque sé que en eso mismo habría encontrado oportunidad para contar alguna leyenda interesante, que probara no sólo su antigua nobleza, sino también el heroísmo de su gente. Mas ¡Dios mío! soy alentejana...

Mi ojos se abrieron a la luz del mundo en la más linda villa de ese vasto Alentejo, en una casa hidalga, cargada de historia y tradición. Si no corriese por mis venas sangre goda y no descendiera del Conde Men Soárez, de Gonzalo de Maia, el Lidiador, de Martín Moniz..., sólo por el hecho de ser alentejana, yo tenía derecho a considerarme noble.

Quiero contar y cantar Montemor, mi querida tierra; mas no puedo separar su historia antigua, de la antigua historia de mi casa: tan unidas están ambas, que sería difícil separarlas.

En realidad, la historia hidalga de Montemor aún está por escribir. ¿Por qué? Simplemente, porque no la quisieron escribir. Aún están en pie las viejas paredes de las nobles moradas, y en los campos, en sus solares, algunas fortalezas, tal como la torre de Amoreira y la otra torre entre Montemor y Santiago del Escourial, que no desmienten, antes confirman, ciertas tradiciones de existir, no sólo en el Alentejo, sino también en varios otros puntos del país, gran interés por estas investigaciones. Con el profundizar de estas investigaciones, podría saberse no sólo la historia guerrera de estos solares, hoy monumentos nacionales, sino hasta su historia sentimental; como sucede en España, las leyendas están a flor de tierra...

(1) *Alcántara* honra hoy sus páginas con el presente trabajo de esta ilustre y fallecida dama, trabajo traducido del portugués al castellano, por el Conde de Canilleiros y de San Miguel.

Sabemos que el Montemor alentejano fué fundado por los celtas; que durante la denominación romana se llamó Castro Maliana; que su castillo fué conquistado a los moros por el rey don Alfonso Enriquez, en Julio de 1113; que en 1260 fué habitado por don Dionis, que allí reunió cortes; que en 1345, don Alfonso IV recibió en él la fausta noticia de haber sido descubiertas por los portugueses las Islas Canarias, nueva que luego comunicó a S. S. el Papa Clemente V; que también en 1345, la plaza fué visitada por don Nuño Alvarez Pereira, que vino aquí a consultar con su gente sobre la proclamación del Maestro de Aviz para rey de Portugal; que en 1415, fué el propio don Juan I quien, acompañado de los infantes, sus hijos, vino a reunir cortes en este castillo, en el que se detuvo para combinar con don Nuño, tal vez ya conde de Arraióos, la expedición a Africa, cuya conquista de Ceuta registra la Historia en 4 de Agosto.

Continuando la compulsión de documentos oficiales, vemos a don Alfonso V, el *Africano*, reuniendo cortes en Montemor, en el año de 1478; en 1481, es don Juan II quien aquí las convoca. En 1496, una vez más Montemor es lugar histórico, por la reunión de las cortes, a las que don Manuel, el *Venturoso*, informa y consulta sobre uno de los acontecimientos de mayor trascendencia alcance y repercusión, que tanto iba a influir en la marcha siempre ascensional de la nación, o sea, el venturoso y ultra glorioso viaje de Vasco de Gama, descubriendo el camino marítimo para la India, lo que radicalmente vino a transformar, digámoslo así, las antiguas concepciones del mundo. Como se sabe, Vasco de Gama, entonces en la pujanza de su invencible energía, mozo hidalgo, era alentejano, sin duda, uno de los más ilustres de nuestros comprovincianos de todos los siglos. A propósito mencionaré un hecho tal vez ignorado de muchos montemorenses: el voto solemne hecho por el gran monarca de hacer construir un santuario a la Virgen en el caso de feliz éxito de la expedición. Del cumplimiento de esta promesa, nació el que los montemorenses deben considerar como precioso monumento, la linda ermita de Nuestra Señora de la Visitación, que, erguida en uno de los dos elevados montes, domina toda la extensión de la villa. A pesar de ciertas restauraciones modernas, no siempre guiadas por un criterio de conservación del carácter, ese templo tiene la marca inconfundible de su origen. Su riquísimo tesoro, generosa ofrenda del magnánimo soberano, fué saqueado por las tropas del general francés Loison, en 1808. Parece que existe en alguna parte, perfectamente detallada, la lista de plata, joyas de todas clases y tesoros artísticos, que por orden del general Jounot se entregaron a su citado camarada.

Y... basta ya de citas históricas, por falta de la debida documentación, porque las que pacientemente recogí son las únicas verdaderamente auténticas.

Si ya nos dijeron que los reyes antiguos subían al alto castillo, a la fortaleza, para tener allí su morada, parece oportuno preguntar: ¿Y después de la Restauración?

Por ejemplo, cuando los pesados coches reales trillaban con di-



ALBUM EXTREMEÑO.—Miniatura de un Cantoral (Monasterio de Guadalupe). Foto Más.

ficultad y saltando los pedregosos caminos de la carretera entre Lisboa y Villaviciosa, ¿cuál de las casas de Montemor escogió D. Juan V para su palacio real?

Vuelvo a afirmar que la historia de Montemor está íntimamente ligada e identificada con la historia de mis mayores, en aquellos capítulos que ella escribió en esa bella región entre el Tajo y el Guadiana. Son las crónicas de familias las que ahora vienen en nuestro auxilio, porque esas brillantes páginas que las nobles estirpes portuguesas labraran muchas veces con su sangre, no sirvieron tan sólo para honrar los archivos familiares, sino que son páginas, que unidas a muchas otras iguales o semejantes, forman, en su conjunto, el gran libro de la epopeya nacional. Por ellas sabemos que don Juan V y don José I habitaron diversas veces aquel mismo palacio, en el que, más tarde, un «morgado» celoso de su credo político, se negó a recibir a la reina de España, cuando, camino de Lisboa, desde donde un barco amigo la conduciría a sus lindas tierras de Italia, durmió una noche en Montemor. Ese «morgado», señor de muchos mayorazgos, había sido compañero de armas de su rey, el señor don Miguel I, y María Cristina era madre de Isabel de España, la liberalísima reina Isabel II. Fué el hermano de este «morgado»—el tío abuelo, José María—quién la recibió en su casa de la calle de Aviz, tal vez, el primitivo solar de esa familia. En la vieja casa existe aún, o por lo menos existía hace poco tiempo, un valioso oratorio de gran mérito, en talla y azulejos. La reina de España tuvo un gesto de exquisita elegancia, ofreciendo al partir, al hidalgo, una magnífica amatista, que su actual heredero conserva y guarda con espíritu de tradición.

¡Cómo se repite la Historia! Es el último «morgado», figura de ayer y ya entrando en la leyenda. Tantas son las cosas de tipo legendario que sobre su gran fortuna y sus gestos corren por ese inmenso Alentejo, donde él fué un símbolo y la representación genuina de la noble raza alentejana. El último «morgado»... vuelve a repetir el gesto de su padre, aquella misma negativa—poco gentil, diríamos hoy—. Es muy joven ese «morgado», tiene dieciocho años, pero firme en sus convicciones, no quiere recibir al rey, al bonísimo D. Pedro V, porque su rey está en el exilio. De Lisboa llegan noticias, que son órdenes; pero ni aún así. Mas, siempre es en todo hidalgo, pone su casa íntegramente a disposición de la majestad reinante. Y así, D. Pedro V, su venerado padre, D. Fernando de Saxe; su futuro cuñado, el príncipe Leopoldo Hohenzollern; acompañado por un brillante séquito de varios oficiales portugueses y germanos, hidalgos, etc., vienen a Montemor y, naturalmente, siguen la tradición. No hubo duda por parte del último morgado, para que el rey, que no reconocía, pero respetaba, fuese recibido con todas las honras y larguezas. La rica vajilla de plata, con corona condal, estaba más brillante que nunca; su juvenil y linda esposa, casi una niña, con sus alegres dieciséis años, había sido educada para recibir reyes. El suegro del morgado, hidalgo del más alto linaje, paladín del partido liberal, hará los honores de la casa. Fué, pues, don Diego de Sousa

quien, en nombre del yerno, recibió a la regia comitiva. Se dice que el soberano manifestó deseo de galardonar con un título, al insu-miso «morgado», lo que éste, altanero, renunció.

Un «episodio»: el Terreiro de San Juan de Dios, donde, al fondo, se ve el solar conocido por este mismo nombre, «Solar de Terreiro», está convertido en una bizarra plaza de armas. Un mariscal duque y vencedor, acompañado por una escolta de oficiales distinguidos, cubiertos de gloria—decían ellos de sí mismos—llega un cierto día a Montemor y escoge para su cuartel general ese viejo palacio alentejano, donde se guardan tantos símbolos de glorias pasadas y donde el vencedor ha de escribir al vencido esa carta que, como documento histórico, pertenece a la Historia. Yo sólo copiaré las crueldades e injusticias de sus últimas palabras.

«...Creo mi deber comunicar a V. E. que S. M. el Emperador, Duque de Braganza y regente en nombre de su majestad la Reina y comandante en jefe del ejército liberador, ya ratificó el Tratado con Inglaterra, Francia y España, en el cual las potencias se obligan a emplear todos los medios de que puedan disponer y a no dejar las armas hasta que los dos pretendientes de las coronas de Portugal y España hayan salido de la península. Dado en Montemor el Nuevo, a 24 de Mayo de 183 (?). Mariscal Duque de Saldaña».

Entre la escolta del brillante Duque de Saldaña se destacaban la elegancia y la arrogancia de uno de sus oficiales, tal vez el más joven de todos. Llegaba a Montemor como vencedor, y supo vencer... Era hijo del Conde de Río Pardo, de la casa de los marqueses de las Minas, condes del Prado, Adelantados de Africa, etc. En el solar del Terreiro fué recibido como pariente del viejo «morgado» Francisco María, y como la hija única de los señores de la casa era linda y heredera, sabía expresarse como las damas de la corte, bailaba con gracia y se vestía como ellas se vestían,—un suave idilio comenzó entre María Benedicta de Melo, Salema, Corte Real, Barreto y Corgoñño y el hijo de los condes de Río Pardo... El es este mismo don Diego de Sousa que ya encontramos en páginas anteriores, con más años y más esmerada elegancia cortesana, haciendo los honores de la casa de su yerno, el último «morgado».

En 1700, recibía nuestra casa nueva Ejecutoria de Nobleza aunque no se trata de un título o de una merced honorífica: es apenas un pequeño mayorazgo para unirse a los vastos mayorazgos; un nombre casi del pueblo, modestísimo, para unirse a altos linajes. Juan Ciudad era un muchacho de la calle, un vagabundo; por tierras de España, un aventurero en 1500. Dos siglos más tarde, su sobrina, Sebastiana María Josefa, une su destino al de nuestro cuarto abuelo paterno, trezando con su pequeña dote una joya preciosa: la representación de San Juan de Dios, que hoy ostentamos por derecho propio.

Es curioso recordar que este mismo solar que fué palacio de reyes y donde estuvo hospedado Luis I, siendo la suya la última visita regia, se vestía de galas para honrar la fiesta de Juan Ciudad, el muchacho de la calle. Durante el novenario, eran colocados faroles en

toda la fachada, y en las ventanas pesados candelabros de plata, con velas. En el día de la procesión—8 de Marzo—se extendían las más ricas colchas de la casa, que se iban a buscar a los grandes arcones de madera de palo santo, donde reposaban en un gran sueño... A las varas del palio, iban los hidalgos de la familia; en tiempos un poco más remoto, sé que con sus vistosos uniformes de mozos hidalgos y la Cruz de Cristo...

¡Qué lindo era mi Montemor de ese tiempo, con sus costumbres, con sus respetadas tradiciones, con su nobleza innata, con su regionalismo activo y con su personalidad inconfundible!

Muchas cosas, evidentemente, mudaron en el decurso de los últimos años, bajo el fatalismo de la evolución, que, en último análisis, es ley natural. Se sucederán generaciones, desaparecerán viejas grandezas, surgirán otras nuevas; emigrarán, llevadas por la muerte o por el destino, antiguas familias que todavía conservaron para todo y siempre sus nombres ligados a la Historia de la más linda y pintoresca villa de ese Alentejo que dió a la patria guerreros famosos y poetas notables. No todo pasa, sin embargo: ese Montemor vetusto, con su castillo morisco, restaurado por la solicitud de la Comisión de Monumentos Nacionales; embellecido en la parte urbana; esplendoroso en las huertas, en los pinares, en la planicie que se extiende hasta perderse de vista, será siempre para mí, apartada de él por las contingencias de la vida, ¡mi muy amado, mi muy querido Montemor!

IDEARIO

EXTREMENO

Mucho alcanza el poder y la ventura—pero más avasalla la hermosura.

...De su esfuerzo, al amor siempre negado,—cuanto más desdenoso, más amado.

...Este es del amor el fiero poderío—forzar a un imposible el albedrío.

VICENTE GARCIA DE LA HUERTA